

**MONOGRAFIA CEDICE No. 4**

**LIBERTAD ECONÓMICA**  
**Carlos A. Ball M.**

**Julio 1987**  
**2ª. Edición**

## PRESENTACIÓN

En Carlos A. Ball M. se da uno de esos pocos frecuentes casos en los que se combina exitosamente el hombre de acción con el intelectual de sólida formación, igualmente productivo en el ámbito de las ideas y las doctrinas.

Como hombre de acción, ha acumulado una excelente trayectoria de gestión empresarial, que es una de las mejores maneras de trajinar por Venezuela. Su experiencia como empresario y como gerente de alto vuelo fue, acertadamente, puesta al servicio de “El Diario de Caracas”, Encargado de la conducción de “El Diario” en circunstancias difíciles, Carlos Ball ha sabido liderizar la transformación de un proyecto inestable en una realidad concreta y perdurable. Afortunadamente. Porque “El Diario”, además de convertirse en la unidad económica viable que es ahora, ha asumido también el rol de líder de los medios de comunicación venezolanos en cuanto a la presentación de informaciones y, lo que es igualmente importante, de tesis y de ideas que, en materia política, económica y social habían estado hasta hoy vedadas al conocimiento de los ciudadanos de este país

Y la mano de Carlos Ball -o quizá sería igualmente acertado decir su pluma- ha estado, por supuesto, en la raíz de esta evolución. La profundidad y la solidez de su pensamiento -que sabe exponer, sin que los argumentos y demostraciones pierdan calidad, con meridiana claridad para cualquier lector de periódicos no especializado- ha motorizado tal transformación, como una muestra más de cómo hacer realidades las iniciativas intelectuales.

Como generador y divulgador de ideas, el trabajo de Carlos Ball es tan fructífero como su gestión empresarial. En medio de las preocupaciones por el oportuno aprovisionamiento de papel de periódico, del pago de la nómina o de los altibajos del centimetraje de publicidad, piensa, escribe y expone con disciplinada regularidad. Una parte de sus escritos, ensayos o notas periodísticas, ya ha sido publicada en el volumen “Libertad, Democracia y Corrupción”, con varias ediciones en su haber.

Una muestra de la producción más reciente de Carlos Ball es este trabajo sobre **Libertad Económica** que el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE) se complace en publicar. Invitado a disertar ante los miembros de la Cámara Venezolano-Americana de Comercio e Industria, el 19 de junio de 1985, Ball expuso, con brevedad y claridad, con coherencia y perfecta fluidez, precisos conceptos -demoledores en cuanto se refiere a los responsables y co-responsables de la crisis nacional- en torno al intervencionismo, al fin último de la estatización (“el control de los hombres”), la inversión extranjera, la necesidad de librar la batalla por la libertad a nivel de opinión pública y, como corolario, la urgencia de difundir masivamente las ideas

cuyo conocimiento y aceptación es prerequisite para el logro de la democracia económica que nunca hemos tenido.

CEDICE deja en manos de los lectores un corto ensayo de Carlos Ball que, sin dudas, alentará inquietudes y suscitará polémicas. Pero que enriquecerá, de cualquier modo, la formación de todos con respecto al conocimiento de lo que ha pasado y pasa en Venezuela y, lo que es más importante, en relación a lo que puede ocurrir y a lo que habría de hacer para que no ocurriese.

**Fernando Salas Falcón**  
**Director de CEDICE**

## CONTENIDO

El control de los hombres.....	6
Responsabilidad de quien dicta leyes Que estimulan la corrupción.....	7
En una democracia, las batallas se libran a nivel de la opinión pública.....	9
Necesitamos inversión extranjera.....	9
Centro de Divulgación del Conocimiento Económico .....	11
Los venezolanos ahora exigimos la democracia Económica.....	13

## LIBERTAD ECONÓMICA

Recuerdo perfectamente la primera vez que asistí a un evento de esta Cámara. Fue hace ya 20 años. En aquel entonces era presidente Fred Eaton, el hombre de Sears, quien tantos buenos recuerdos dejó en Venezuela. No se trataba aquel día de agosto de 1965 de una reunión general como la de hoy, sino de un almuerzo con la junta directiva de la Cámara, al cual asistimos varios de los promotores del diario “La Verdad”, para contarles sobre nuestro proyecto periodístico a los representantes de tan importante sector empresarial. Vivíamos entonces tiempos muy difíciles en Venezuela. Nuestra democracia no se había logrado todavía consolidar y el enemigo común eran los admiradores y seguidores de Fidel Castro, quienes veían en la subversión el camino más corto hacia la utopía socialista.

Veinte años más tarde, Fidel Castro sigue culpando al imperialismo yanqui de los ingentes problemas económicos de Cuba y 4.800 millones de dólares al año en ayuda económica soviética, resultan insuficientes para movilizar una economía en estado comatoso, aplastada por el peso de la burocracia, la ineficiencia bizantina del poder de decisión centralizado y la ausencia total de estímulos e incentivos individuales. Castro, hoy convertido en abuelo y con el mismo tiempo en el poder que el dictador Juan Vicente Gómez, perdió su carisma, aun frente a los enemigos profesionales de Estados Unidos, quienes lo veían con admiración por habersele enfrentado al gigante del Norte. Pero a esos mismos ilusos, después de adorar desde los años universitarios al fetiche socialista, no les es posible hoy en día diferenciar el cruel totalitarismo ruso de la versión tropicalizada y del nuevo modelo nicaragüense, con unos comandantes que están muy lejos de irradiar el fantasioso encanto con que el Che Guevara envolvía a una juventud romántica y novelera de una generación atrás.

En 1985 nuestros problemas son de otra índole. Bajo el estándar latinoamericano, nuestra democracia es madura. Nuestras libertades políticas son envidiadas por la mayoría de los países del hemisferio. La amplia libertad de expresión de que gozamos es la mejor garantía de la estabilidad de nuestras instituciones y cuando sale algún político a quejarse de las críticas recibidas bajo el argumento de la conspiración ideológica, nadie le hace ya mucho caso. Pero así como en cuanto a nuestras libertades políticas los venezolanos nos sentimos ufanos y satisfechos, en lo relativo a nuestras libertades económicas, no solamente no hemos logrado avanzar, sino que los políticos –para incrementar el poder discrecional del Ejecutivo- ni siquiera han respetado la Constitución, utilizando las repetidas crisis económicas, que sus mismos errores han provocado, como excusa para no restituirle al ciudadano las garantías económicas previstas en nuestra Magna Carta, lo cual mantiene al sector privado desprovisto de la seguridad jurídica que es requisito indispensable para la restitución de la confianza y para la tantas veces anunciada reactivación económica.

El merecido regocijo cívico que nos produce la consolidación de nuestras libertades políticas ha sido explotado al máximo por la publicidad del Estado y de los diferentes partidos, logrando crear en la mente del ciudadano

común, la idea de que la libertad es un valor perfectamente divisible y que lo importante dentro de tal concepto es la libertad política, mientras que la libertad económica es algo que desean los ricos y los empresarios para que los bondadosos funcionarios públicos se vean imposibilitados de proteger al pueblo.

Aquí es exactamente donde nosotros, los empresarios, hemos fallado estruendosamente. Mientras los políticos acuden regularmente a nuestras agencias de publicidad, a nuestros expertos en relaciones públicas y en mercadeo, y a nuestros medios de comunicación para que le vendamos al electorado sus ideas y sus candidatos; nosotros, por el contrario, nunca hemos logrado unir esfuerzos ni recursos para vender nuestra propia ideología de libre iniciativa y de economía de mercado. Siempre hemos estado demasiado ocupados con los pequeños-grandes problemas de nuestras empresas para dedicarle el esfuerzo necesario y constante que significa, no sólo contrarrestar la acción propagandística de los enemigos de la libre empresa, sino convencer al gran público, a la gran masa de ciudadanos, primero, que ellos pertenecen al sector privado de la economía, el cual genera 70 por ciento del empleo en Venezuela, y segundo, que la razón de ser de la empresa privada es ofrecer mejores servicios y mejores productos para que todos alcancemos un mayor bienestar y que en esto somos mucho más efectivos que el Estado. No hemos logrado dar a entender que sólo bajo la economía de mercado se vive una democracia cotidiana, donde el ciudadano no tiene que esperar cinco años para votar, sino que por el contrario, premia o castiga todos los días del año, con el mero hecho de adquirir tal o cual marca o preferir este o aquel servicio en lugar de otros bienes competitivos que por no satisfacer sus deseos personales, son ignorados y rechazados.

La gran mayoría de los pequeños empresarios, tales como los microbuseros, carniceros y bodegueros, que trabajan por cuenta propia, al igual que el creciente sector informal, no se sienten identificados con el sector privado. No les hemos logrado proyectar el mensaje de que ellos y nosotros tenemos muchos intereses en común y que ambos, en mayor o menor grado, somos víctimas de las trabas de la permisología, de los funcionarios ineptos, de las malas leyes y de la corrupción administrativa.

El mes pasado asistí a un seminario realizado en México y auspiciado por el Fund for Multinational Management Education (FMME) sobre la economía informal en América Latina. Lo que más me impresionó fue, primero, el inmenso arraigo de las fuerzas del mercado en este dinámico y creciente sector, donde encontramos que el pueblo -en forma espontánea- ha elegido un incipiente y autóctono sistema capitalista. Los políticos podrán propagar sus ideas colectivistas y cooperativistas, pero la gente pobre sabe intuitivamente, que lo que funciona y lo que premia sus esfuerzos individuales es el mercado. En segundo término, me impresionó mucho constatar que la causa fundamental de la explosión del sector informal en los 14 países latinos representados en el seminario, es exactamente la misma: el alto costo de ingreso y de permanencia que le significa al microempresario informal, la permisología y el cumplimiento con un marco legal anacrónico diseñado para perjudicar más que para amparar y que lejos de ser el resultado de las

necesidades prácticas del hombre de hoy, es la consecuencia de la combinación de nuestra herencia autoritaria española -450 años de tradición mercantilista- con las elucubraciones de políticos sin ninguna experiencia empresarial exitosa.

## **EL CONTROL DE LOS HOMBRES**

Al mismo tiempo, la animadversión que los empresarios sentimos por los controles de precios no es algo gratuito y sin base. Es que los políticos no logran entender que en todo intercambio, libre de coerción, ambas partes se benefician. Un concepto tan simple como éste no es captado por gente que en su proceso mental mercantilista cree sinceramente que todo intercambio significa que alguien se beneficia en la medida de que el otro se perjudica y como se considera que la parte débil es el consumidor, ello obliga al funcionario público a defenderlo de la avaricia especulativa del empresario, dándole a ese funcionario el poder que no le corresponde. Pero tan pronto como interviene alguna influencia externa, el comprador o el vendedor, o ambos, terminan perdiendo, ocasionándose un desestimulo que tiende a aumentar los precios y a reducir el bienestar general. Por eso es que sostenemos que todo control de precios, toda interferencia burocrática, tiende a reducir la oferta, a fomentar la inflación y termina perjudicando principalmente a quienes se pretende proteger.

Es a través del afán por regular, prohibir, ajustar, pechar, subsidiar, afinar, sancionar, orientar, estabilizar, proteger y dirigir al mercado, que los gobernantes logran entorpecer las acciones voluntarias de la gente, obligándolas a realizar intercambios de manera prescrita por terceros, que presumen de conocer mejor los intereses individuales de los propios participantes en la transacción. La regulación económica y el control de precios no es más que el control de los hombres, apoyado en la fuerza bruta del Estado.

Parecen no recordar los planificadores y reguladores, que los individuos coercionados a actuar en contra de sus propios intereses, por culpa de las regulaciones. Son parte del mismo público a quien ellos dicen beneficiar a través de los controles del Estado.

En una economía libre, por el contrario, el precio de cualquier producto será aquel donde la oferta sea equivalente a la demanda. Si el precio es menor al de equilibrio, la mayor demanda hará que aumente, pero si el gobierno lo mantiene artificialmente bajo, más compradores serán atraídos y algunos vendedores desaparecerán, con los resultados inevitables de la aparición de largas colas, escasez, racionamientos y mercados negros, con todos los costos escondidos que tal situación conlleva. Por otra parte, un precio fijado por el Gobierno artificialmente alto, impedirá a los vendedores colocar la totalidad de su producción, lo cual también conduce a despidos y a cierres de fábricas, estimulando, además, el surgimiento de monopolios. El

problema es que los millones de transacciones que ocurren cada día varían de acuerdo a las circunstancias y a las percepciones individuales de la gente. Todo lo que pasa en un extremo del mercado tiene algún grado de influencia en el resto de las operaciones, siendo totalmente imposible que los funcionarios, sin un interés personal en lo que sucede y sin posibilidad de tener la información conocida por los especialistas en diferentes tipos de transacciones, puedan regular inteligentemente el funcionamiento de algo tan complejo y tan dinámico. El daño que su intervención produce a la economía es incalculable, porque la fijación artificial de los niveles de precios mismos, los cuales entonces dejan de transmitir un mensaje confiable sobre los costos involucrados, el racional y eficiente uso de los recursos y la tendencia de la demanda. Se pasa de un espontáneo, equilibrado y sofisticado sistema perfectamente interconectado que incentiva la eficiencia y la minimización de los costos a un sistema politizado de golpes y porrazos, donde cada grupo de presión jala para su lado, donde resulta más fácil y mucho más barato convencer o comprar a un funcionario, que reducir los costos y mejorar la calidad, para satisfacer a todo un mercado.

## **RESPONSABILIDAD DE QUIEN DICTA LEYES QUE ESTIMULAN LA CORRUPCIÓN**

Frecuentemente oímos decir que es tan culpable el que pagó como el que recibe la comisión, pero no se les ocurre concluir que el más culpable de todos es quien dicta las reglas del juego, que hacen posible y terriblemente atractiva la compra de privilegios, de dólares preferenciales, de licencias, de delegaciones o de una protección arancelaria. En ese caso, la habilidad no tiene nada que ver con servir al mercado, todo lo contrario, se trata de usar la permisología y las trabas impuestas por el Estado para vender más caro y sin competencia, aprovechándose de los desabastecimientos y monopolios creados o amparados por la misma acción gubernamental.

De esta manera hemos logrado tergiversar totalmente la función del Gobierno, cuya principal tarea económica tendría que ser no permitir el entramamiento de las fuerzas naturales del mercado, atacando los monopolios que traten de impedirle el libre acceso al mercado de nuevos empresarios que hayan detectado altas ganancias en áreas con fuerte demanda e insuficiente oferta. Como bien lo decía Ludwig Von Mises hace 40 años: "Aquellos que luchan por la libre empresa y libre competencia, no defienden los intereses de los ricos de hoy. Ellos quieren que se le dé libertad de los ricos de hoy. Ellos quieren que se les dé libertad a los desconocidos que serán los empresarios de mañana, cuya ingeniosidad hará más agradable la vida de generaciones venideras. Ellos quieren que se les abra la puerta a mayores mejoras económicas... Ellos son los defensores del progreso".

Señores, yo pienso que el peor negocio que se ha hecho en la historia de Venezuela, durante los 174 años de vida republicana, fue cambiar la inversión de las empresas petroleras multinacionales por los préstamos

multimillonarios contratados para financiar elefantes blancos y para subsidios gratuitos al consumo que sólo tenían motivación política y electorera. Pero gracias a la eficacia de la maquinaria publicitaria del Estado, los héroes populares son los que hipotecaron el futuro de nuestros hijos y los que durante diez años fomentaron la elefantiasis de nuestro sector público, que pasó de una magnitud de 15 por ciento hasta 55 por ciento del producto territorial bruto venezolano, índice propio de economías socialistas. Los gastos corrientes del sector público, como porcentaje del PTB, saltaron de 18,2 por ciento en 1974 a 39,5 por ciento en el año esquizofrénico de 1982. Pero los malos de la partida seguimos siendo los que arriesgamos capital, los que cada día debemos dedicarle más tiempo para cumplir con la permisología, los que aspiramos a obtener una rentabilidad sobre el patrimonio de los accionistas, los que tenemos que ingeniarlos cada 15 y último de mes para pagar sueldos y para producir todos los días bienes y servicios suficientemente atractivos necesarios para que el consumidor, por voluntad propia, se meta la mano en el bolsillo y los compre libremente.

## **EN UNA DEMOCRACIA, LAS BATALLAS SE LIBRAN A NIVEL DE LA OPINIÓN PÚBLICA**

Con qué frecuencia me llaman al periódico amigos míos para criticarme lo dicho por fulano o por sutano en tal columna, o lo distorsionado de la declaración de éste o aquél funcionario que para ganar las palmaditas de su jefe en la pirámide burocrática o de sus compañeros de partido, entorpece las actividades comerciales, perjudicando no sólo al empresario, sino que también al consumidor, a quien supuestamente desea favorecer. Entonces le digo, bueno, escribe tú un artículo desmintiéndolo o te mando a entrevistar para que des a conocer claramente la verdadera situación. ¡Ah no! mi amigo no tiene tiempo. Está muy ocupado o no quiere echarse encima al funcionario, porque depende de éste para otras muchas cosas.

En otras palabras, los únicos culpables de la mala imagen de los empresarios en Venezuela somos nosotros mismos, que no hemos querido o no hemos sido capaces de transmitir nuestra firme convicción de que el único sistema que asegura el desarrollo económico sostenido y el acumulativo mejoramiento del nivel de vida de la ciudadanía, es el sistema capitalista, basado en la propiedad privada, en la economía libre de mercado y en la libertad de escogencia por parte de todos los miembros de la sociedad.

Hace 20 años, cuando infructuosamente trataba de levantar un periódico que editorialmente defendía el concepto global de la libertad individual ante la arremetida de los ataques ideológicos de nuestros contendores y después de hablar entusiasmadamente sobre lo que estábamos tratando de hacer, mi cliente potencial se arrellanaba en su sillón y me decía: "Oye, qué bueno Carlos, pero háblame más bien del costo por mil". Esa, desafortunadamente, ha sido la actitud generalizada de nuestra clase empresarial. No se dan cuenta que en una democracia las batallas se libran a nivel de la opinión pública. El Titanic chocó y está en peligro de hundirse, pero yo estoy

negociando secretamente con el funcionario de la cubierta para que me permita tener mi silla de extensión con buena vista y no estoy dispuesto a hacer nada que me vaya a perjudicar con tan importante burócrata. Yo pensó y así lo he dicho en varios de mis artículos de prensa, que con la salida de las empresas privadas petroleras, los venezolanos perdimos una excelente escuela de administradores, contadores, auditores e ingenieros. Muchos de los exitosos hombres de empresa de hoy aprendieron métodos y disciplina en la Creole, en la Shell, en Mene Grande, Mobil y Texaco. Me preocupa lo que va a pasar cuando desaparezca la presente generación de ejecutivos petroleros formados bajo una eficiente cultura multinacional y caigan las operadoras bajo la influencia corrosiva de la mentalidad burocrática del funcionario. Con la nacionalización de las petroleras, el sector privado perdió un importante aliado, que por la magnitud y naturaleza de sus operaciones, veía las cosas a largo plazo. Hoy en día, los gerentes de las empresas norteamericanas vienen por tres o cuatro años a Venezuela, un país de mediana importancia dentro de las operaciones de su compañía, no de primordial categoría como era el caso para las petroleras y, por consiguiente, significa sólo un peldaño en la escala de promociones, lo que hace indispensable obtener resultados palpables e inmediatos.

Yo fui empleado de una multinacional que quizás algunos de ustedes hayan oído mencionar, la General Motors. Por consiguiente, conozco un poquito la mentalidad de quienes en la planta de Antimano llamábamos "The Home Office personnel". Creo que esa pasantía de 3 años fue para mí también una experiencia educacional importante. Pero si alguna idea logro dejarles hoy, quisiera que fuese una invitación a reflexionar sobre la responsabilidad, con R mayúscula, que todos los aquí presentes, tenemos en cuanto a la defensa de los principios básicos que le permitirán a nuestras empresas funcionar eficientemente aún después de que nosotros no estemos aquí, para ofrecer los bienes y servicios que nuestros clientes requieren, asegurar un futuro próspero a nuestros empleados y proveedores y permitir la generación de riqueza que hará posible que el negocio crezca y que le siga resultando interesante a los inversionistas, a mediano y largo plazo.

## **NECESITAMOS INVERSIÓN EXTRANJERA**

Para que eso sea posible, tenemos que modificar la atmósfera intervencionista que se vive en Venezuela. Todos los días oímos a otro político más decir que necesitamos inversión extranjera. Pero los buenos deseos son insuficientes si no se estimula e incentiva al capital para que la inversión en Venezuela sea, por lo menos, tan atractiva como lo es en muchos otros lugares del mundo, incluyendo Estados Unidos, donde por primera vez en varias décadas, gobierna un equipo dispuesto a reducir el rol del Estado y a estimular el surgimiento del espíritu empresarial.

El texto del nuevo reglamento de inversiones extranjeras parece ser un primer paso en la dirección correcta, dándosele mayor flexibilidad al movimiento de capitales. Pero es un paso pequeño y tímido. Si realmente

buscamos cambiar la imagen que Venezuela ha proyectado al exterior durante los 11 años en que hemos activamente ahuyentado al capital extranjero, tenemos que ser mucho más agresivos y radicales. El inversionista privado, de cualquier nacionalidad, busca la seguridad y rentabilidad de su inversión, por lo cual no podemos pretender atraer capitales en montos significativos mientras cada nuevo funcionario pueda cambiar o interpretar a su manera las reglas de juego y mientras no desmantelemos el actual atosigante aparataje de regimentación económica.

En todo lo relacionado al Pacto Andino y a la interpretación de la Decisión 24, Venezuela ha sido más papista que el Papa. Mientras las delegaciones de los demás países andinos se han preocupado en defender los intereses de su sector privado, en nuestro caso han sido los funcionarios públicos y los ejecutivos de las empresas del Estado, quienes han llevado la voz cantante en las negociaciones, logrando ventajas para las exportaciones de las industrias básicas estatizadas a costa del sector privado y del consumidor venezolano.

Empresas afiliadas a la Cámara Americana operan en casi todos los países y, por lo tanto, tienen a su alcance la más rica y completa información económica de lo que sucede en el mundo. Bien valdría la pena iniciar un flujo informativo sobre las políticas de inversión que se llevan a cabo tanto en las naciones que están obteniendo éxito en su desarrollo, como en las otras que siguen culpando de su atraso a las viejas potencias colonizadoras e imperialistas. En esto podrían participar las otras cámaras binacionales, de manera de llevar al conocimiento del liderazgo político, de la opinión pública y de los organismos cúpulas del empresariado, un verdadero panorama de nuestra posición en el mundo económico actual, para que se puedan desarrollar estrategias con el fin de poner a Venezuela a competir y a atraer nuevamente inversiones extranjeras.

Quizás les sorprenda saber que a nuestra última Asamblea de Consecomercio, realizada en Ciudad Guayana en abril, fueron invitados y asistieron como observadores, los agregados comerciales de varias embajadas de países amigos, incluyendo a Richard Ades, de la embajada americana. Los dirigentes del sector comercio estamos convencidos de que con mentalidad ultranacionalista, autárquica y estrecha, no alcanzaremos el desarrollo del país ni el bienestar de nuestro pueblo.

Nunca había sido tan propicio el momento para que se produzca un beneficioso cambio en el tratamiento de las inversiones extranjeras. La búsqueda del desarrollo a través de cuantiosos créditos externos, resultó en un aparatoso fracaso en todos los países que tomaron tal camino y, gracias a Dios, a Venezuela se le secaron las fuentes de financiamiento público. La situación de los precios del petróleo sigue débil y el gobierno está consciente de que por sí sólo y con decretos, no podrá cambiar la preocupante tendencia de los niveles de desempleo, lo cual puede convertir a la CTV en un inesperado aliado. Y si estamos convencidos de que trabajamos por el bien del país y de que nuestra filosofía capitalista es la correcta, debemos despojarnos de esa timidez tradicional y darles la pelea ideológica a los enemigos de la libertad.

Es imprescindible que ustedes se acerquen más a nosotros, pertenezcan y participen en las cámaras regionales y en las asociaciones sectoriales, donde tendrán mucho que aportar y, al mismo tiempo, ayudarán a fortalecer al movimiento empresarial privado, que a fin de cuentas, será su mejor aliado y el único capaz de asegurarles su permanencia en este mercado. Los verdaderos empresarios sabemos que a la inversión extranjera se le debe dar exactamente el mismo tratamiento, en aquellas áreas abiertas al capital foráneo, que el recibido por el inversionista criollo. La función del Gobierno es vigilar que la gandola no atropelle a la bicicleta y que ambos tengan libre acceso a la carretera.

El zapatero remendón piensa que no tiene nada en común con una gran empresa norteamericana y ésta se siente poco identificada con una pequeña compañía criolla. Pero todos somos elementos importantes del sector productivo del país y nuestro futuro depende de lo unido que luchemos para defender nuestro derecho al trabajo y al disfrute de nuestra propiedad. Hay algunos que creen en la libertad de empresa cuando ésta se le aplica a los demás mientras que para sí aspiran todos los privilegios y protecciones que el Estado les pueda brindar. Tales personas sufren de la misma mentalidad mercantilista de nuestros burócratas; son en realidad pseudo empresarios y los peores enemigos del sistema capitalista. En segundo término están los tímidos, que se avergüenzan de llamarse a sí mismos capitalistas. Los que siempre le están buscando la justificación social a su actividad económica, ganando indulgencias con su filantropía, lo cual seguramente es muy loable, pero no tiene nada que ver con la verdadera justificación social de su negocio, que sigue siendo producir más y mejor, usando un mínimo de recursos y maximizando la rentabilidad de la inversión; es decir, sirviendo mejor las necesidades del consumidor.

En el excelente y recién publicado libro *The Spirit of Enterprise*, George Gilder escribe en su último capítulo: “Empresarios que atesoran su riqueza o buscan la protección del Gobierno contra sus rivales o alardean de un consumismo exagerado o se retraen hacia un egoísta aislamiento, traicionan la esencia misma de su rol y de su responsabilidad en el mundo. En tal grado, dejan de ser empresarios o capitalistas, convirtiéndose en reliquias de las sociedades estáticas y feudales de la era precapitalista”.

## **CENTRO DE DIVULGACIÓN DEL CONOCIMIENTO ECONÓMICO**

Otra obligación que tenemos los empresarios es prepararnos adecuadamente para defender en cualquier terreno los evidentes beneficios del capitalismo. Esta no es una pelea fácil. Muchos de los profesores, no solo en Venezuela sino en algunas de las más conocidas universidades del mundo, son adversarios del capitalismo y ven en el estatismo keynesiano y cepaliano, la única solución a los problemas sociales. Hay una nueva generación de maestros jóvenes que no piensan así, pero éstos son todavía una pequeña minoría y mientras tanto, nos toca a nosotros combatir la predominante

indoctrinación que recibieron nuestros empleados y que están recibiendo nuestros hijos en las escuelas tanto públicas como privadas. Esto requiere tiempo y esfuerzo. También es una labor cuyos resultados no se verán a corto plazo. Y aquí quiero aprovechar el tema para contarles muy brevemente lo que un grupo de empresarios venezolanos iniciamos recientemente. Se llama el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico (CEDICE), una institución sin fines de lucro, en la cual ofrecemos un programa de conferencias sobre la economía de mercado y al mismo tiempo, distribuimos libros de los más destacados ideólogos de la libertad.

Mientras nuestras librerías, respondiendo a la demanda creada por los profesores, se encuentran atestadas de libros marxistas, hasta hace pocos meses era prácticamente imposible conseguir en Venezuela libros de Hayek, Von Mises, William Simon, Hazlitt, Ayn Rand, Benegas Lynch, Murray Rothbard, Milton Friedman, Wilhem Roepke, George Gilder, James Buchanan, Henri Lepage, George Stigler, Israel Kirzner, Frank Knight y de tantos otros defensores de nuestra filosofía. Eso cambió y hemos sido gratamente sorprendidos, porque en los primeros siete meses de vida de CEDICE estamos vendiendo un promedio superior a los 45 mil bolívares mensuales en un país donde se cree que a la gente no le gusta leer o no tiene tiempo para hacerlo.

A todos los aquí presentes hoy los invito a afiliarse a CEDICE, llenando con su nombre o el de su compañía el cupón del folleto que tienen en sus mesas, colaborando así con este proyecto un poco romántico y a largo plazo que significa mostrarle a la gente que hay un mundo mejor y que nuestro camino no es el de servidumbre, aquel que nos lleva derecho al Gulag o al 1984 de George Orwell, sino el camino de la libertad y del respeto a los gustos y derechos del hombre como individuo, no como un elemento insignificante de una masa amorfa y engatusable por los slogans inventados por los socialistas.

Con mi intervención de hoy quiero buscar un mayor acercamiento entre los empresarios extranjeros establecidos en este país y los empresarios venezolanos. Ambos grupos defendemos una causa común -la libre iniciativa- sin la cual nuestros esfuerzos seguirán dependiendo de la discrecionalidad de individuos de paso por un cargo público y que aún con las mejores intenciones, entorpecen el óptimo funcionamiento del mercado, añadiendo costosas trabas que termina pagando el consumidor con incrementos en los costos o con la desaparición de bienes y servicios a los cuales tiene derecho. Busco el ingreso de nuestros colegas extranjeros a una gran alianza empresarial para que difundamos las ideas sobre la libertad y presentemos un sólido frente organizado en contra de la corrupción, la permisología y el intervencionismo del Estado. Aquí quiero citar al legislador y poeta ateniense Solón, conocido como uno de los 7 sabios de la antigua Grecia, quien mantenía que “un pueblo tendrá justicia cuando todos se opongan y protesten por cualquier atropello a derechos de terceros como sí ellos mismos fuesen los atropellados”.

La Cámara Americana ha demostrado gran eficiencia a través de los años. Sus diferentes comisiones trabajan con vigor y regularmente alcanzan los objetivos que se trazan. Quiero, entonces, hacer una recomendación concreta, en el sentido de que se nombre una comisión de doctrina de la libre

iniciativa privada y que sea responsabilidad de tal comisión coordinar esfuerzos con otras cámaras y asociaciones para lograr un mayor acercamiento con los empresarios venezolanos.

## **LOS VENEZOLANOS AHORA EXIGIMOS LA DEMOCRACIA ECONÓMICA**

En estos días ha sido materia de titulares de primera página y de editoriales de El Diario de Caracas, el tema de la restitución de las garantías económicas. Como seguramente muchos de ustedes saben, el mismo día de la promulgación de nuestra Constitución, el 23 de enero de 1961, se nos restringieron por medio del Decreto 455, las garantías económicas, extendiéndose dicha restricción, con los decretos 674 y 813 de enero y julio de 1962.

En relación a la restricción de las garantías económicas que hemos venido sufriendo los venezolanos ininterrumpidamente durante todos los años de nuestra democracia política, quiero informarles que a principios del mes que viene será publicado un trabajo que le encomendamos en la Cámara de Comercio de Caracas a una comisión de tres distinguidos juristas venezolanos -Marco Lovera, René Toro y Alfredo Planchart- quienes llegaron a tres importantes conclusiones:

1. No se cumplieron con todos los requisitos constitucionales al decretarse la restricción de las garantías económicas. La restricción tenía validez sólo mientras perduraran las condiciones de crisis imperantes a comienzos de la década del 60, ya que se refería a una situación específica. Por ese motivo se le concedieron al Presidente de la República de entonces, facultades especiales para legislar en materia económica, pero ello no significó la extensión de una carta blanca para que el Ejecutivo siguiera indefinidamente armado de la facultad de legislar, lo cual denota una desviación de poder.
2. No es en absoluto necesario, como muchos políticos pretenden, dictar previamente a la restitución de las garantías, una ley reglamentaria. En pocos países del mundo no comunista existen tantos controles de la actividad económica, como en la Venezuela de hoy.

Para terminar, quiero enfatizar que en Venezuela llegó la hora de exigir la implantación de una democracia económica, porque si los hombres no somos libres para producir, consumir, importar, exportar, comerciar e intercambiar en la manera que nuestros intereses individuales así lo indiquen -respetando, claro está, los derechos y la propiedad de los demás- no somos libres en el pleno sentido de la palabra. La libertad no puede ser dosificada según los intereses políticos de nuestros gobernantes. Sin libertad en el mercado, sin libertad para disponer de nuestra propiedad y del fruto de nuestro trabajo, ninguna otra libertad significa mucho. Libertad tiene que ser la consigna empresarial, nuestra fuerza moral, la base de nuestra unión y el legado que le dejemos a nuestros hijos.

**CARLOS A. BALL M.**